

Guido Segal

SENTENCIA DE MUERTE

En treinta formas poéticas

INTERZONA

Te invitamos a leer
las primeras páginas de este libro,
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,
acá podés conseguir tu ejemplar.

COMPRAR LIBRO

SENTENCIA DE MUERTE



Guido Segal

SENTENCIA DE MUERTE
En treinta formas poéticas

INTERZONA

INTERZONA

Segal, Guido

Sentencia de muerte : en treinta formas poéticas / Guido

Segal. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Interzona Editora, 2024.

104 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de poesía)

ISBN 978-987-790-111-5

1. Poesía. 2. Poesía Argentina. I. Título.

CDD A861

© Guido Segal, 2024

© interZona editora, 2024

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Fernando Ozón

Composición de tapa e interiores: Natalia Brega

Imagen de tapa: Natalia Brega

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

ISBN 978-987-790-111-5

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

PREFACIO

Este relato en verso jamás hubiese existido sin Juan Forn. A él y sus columnas en la contratapa del diario *Página 12*, luego recopiladas con criterio geográfico-cronológico en el libro *Yo recordaré por ustedes*, debo el descubrimiento de Ósip Mandelstam.

En su crónica del 12 de julio de 2013, Forn narra las desventuras del poeta acmeísta ruso a partir de noviembre de 1933, cuando hizo algo que hoy nos resulta casi incomprensible, tanto por la osadía del gesto como por la severidad de la represalia: compuso un epigrama contra Iósif Stalin en el que, sin nombrarlo, retrata al líder georgiano de forma monstruosa, asociando sus dedos a gusanos, sus bigotes a cucarachas, su liderazgo a una máquina inhumana hecha de grasa y acero. El poema nunca fue publicado pero el “padrecito de los pueblos” tenía ojos y oídos en todas partes. Como resultado, el poeta fue torturado psicológicamente y exiliado a poblaciones cada vez más remotas hasta aterrizar en un campo de trabajo en Vladivostok, en la frontera con China, donde murió de hambre y frío.

Mandelstam, que gozaba de una prominente reputación, era codiciado por el régimen, que deseaba arrastrarlo a sus filas para que produzca poesía propagandística. Por rehusarse ya había sufrido un destierro de cinco años en Armenia, donde puso en pausa su trayectoria poética para enfocarse en la ensayística. Stalin, que más allá de su comprobada severidad tenía pretensiones de hombre de letras, no podía desestimar el agravio que el epigrama implicaba, y dio una respuesta acorde:

Mandelstam fue juzgado en secreto por la policía y la Cheka (precursora de la KGB), enviado a la prisión de Lubianka, desterrado, prohibido y exiliado de toda forma de vida pública. Su nombre fue proscrito durante más de treinta años. Jamás recuperó su libertad ni su cordura. Solo la infatigable tarea de Nadezhda Mandelstam, fiel compañera del poeta y su socia creativa, salvó al poeta del olvido. A escondidas, aceptando trabajos en fábricas de provincia, memorizó entre quinientos y mil poemas de Ósip para mantener vivo su recuerdo. En cuanto Stalin pasó a peor vida, Nadezhda recopiló todo rastro escrito que quedó de su amado y lo llevó a la imprenta. Gracias a su obstinación y a su lealtad a la obra de su marido (quizás la máxima forma de amor), tenemos hoy acceso a esos poemas, algunos de los cuales son tan sofisticados en su composición que ninguna traducción puede hacerles honor.

Como si esto fuera poco, Nadezhda publicó no una sino dos memorias sobre lo acontecido, con prosa precisa y delicada. A la primera, fuente ineludible para este libro, la bautizó *Contra toda esperanza*, juego de palabras con el significado de su propio nombre, diminutivo de Nadia.

Para Ósip y Nadezhda Mandelstam, donde sea que estén, esta modesta ofrenda en forma de libro, por su coraje. Y para Juan Forn, claro, por mantener viva la memoria.

* * *

Es una tarea imposible, y seguramente inútil, intentar descifrar por qué nos seducen los relatos. Pero no hay riesgo en afirmar que todo buen cuento contiene personajes memorables que son artífices de su destino. Mejor aún si son fieles a su propia naturaleza, sin ceder a la moral y las costumbres de su época. Esta historia no tiene un personaje emblemático, sino cuatro.

En primer lugar, nuestro Poeta, *alter ego* de Ósip. Mesianico en su voluntad de dar batalla en nombre de un ideal, sin temor a la muerte; hermoso en su pureza, frágil y a la vez férreo, precursor del “hombre nuevo” que anhelaba el Che, a la vez hombre de su tiempo y de todos los tiempos. Parte José Martí, parte Bob Dylan, parte Jean-Pierre Léaud.

En segundo lugar, pero en igualdad de protagonismo y peso, su Esposa, espejo de Nadezhda. Poeta en sus propios términos, adorada y respetada por Anna Ajmátova, madre del movimiento acmeísta y amiga íntima del poeta, hermanada con él por sus inclinaciones estéticas y sus resistencias ideológicas. Si las acciones de Ósip me despiertan total admiración, el accionar de Nadezhda me conmueve hasta la médula. Ser amado así, con ese fervor y esa convicción, con un amor que abarca no solo al ser sino a su encarnación en obra, es cosa de dioses, no de humanos. El gesto abnegado de Nadezhda la engrandece más allá de toda medida, su capacidad de poner todo su ser y sus facultades a disposición de la preservación de la obra de su marido es un acto que sé apreciar pero del que dudo ser capaz.

En tercer lugar, al que llamaremos Dictador, el mismísimo Stalin. El perfecto antagonista. Es tentador considerarlo un villano pero hay rasgos que lo humanizan y lo alejan del arquetipo. Tanto Nadezhda como Joseph Brodsky como cualquier fuente primaria de los hechos coinciden en una cosa: Iósif Vissariónovich Dzhugashvili admiraba a Mandelstam e hizo todo lo que pudo para no tener que penalizar a un artista al que admiraba. Más allá de su coraza y su aparato represivo, el líder no ejerce la máxima pena sino que matiza la condena hasta dos veces, otorgándole a Mandelstam la chance de salvarse de la hoguera. Es un Stalin herido ante la burla del poeta, que exige saber si hay genio en esas palabras agraviantes que exima al poeta del fusilamiento. Es un tirano humillado por ser tildado de “montañés”, “festivo ejecutor” u “osetio”, denominación geográfica que es en verdad un eufemismo de “bruto”.

Y, finalmente, Pasternak, Premio Nobel de Literatura, amigo y confesor de Mandelstam, a quien Stalin eximió de su Gran Purga por considerarlo un habitante de las nubes o idiota sagrado. A modo de licencia poética, quizás para enfatizar el elemento visual e icónico, en nuestro relato ha pasado a ser Fotógrafo en vez de escritor. Pasternak, a quien Ajmátova rechazó cada vez que este le pidió matrimonio, es también el autor de la advertencia a Mandelstam que da título a este libro:

Usted no ha recitado nada. Las paredes nos escuchan. Ese poema no existe, porque no es realmente un poema. Es una sentencia de muerte en dieciséis versos.

* * *

Si bien adscribo a la idea de que la universalidad se alcanza a través de la especificidad, en todo momento intuí que lo que me conmovía de la historia del matrimonio trascendía límites geográficos y temporales. En la creencia cuasi religiosa en el poder del arte para trascender lo mundano (el arte como hierofanía) y redimir las falencias humanas, en su defensa a ultranza aún a riesgo de muerte, hay algo ruso. O decimonónico. Pero, por sobre todas las cosas, hay un rasgo humanista. Idealista. Un ideal de ser humano que prioriza un conjunto de valores (el amor por sobre el miedo, lo comunitario por sobre lo individual, la belleza por sobre lo monetario o lo transaccional, lo profundo por sobre lo frívolo) y que, a mi gusto, es eterno. A mis ojos, Ósip y Nadezhda son eternos.

Acaso podamos decir que fueron patriotas en un sentido de patria anacrónico y bastante vilipendiado. Amaron al terruño (el *heimat* alemán) y la suma de costumbres que dieron expresión a un pueblo, a la lengua como madre y a un modelo tanto estético como de resiliencia. Un patriotismo que nada tiene de militarista,

antónimo del fascismo. Un ejemplo de resistencia a la maquinaria opresiva desde la sinceridad, la inteligencia, la vulnerabilidad y el sentido del humor. Figuras así son necesarias en todas las tierras y en todas las épocas, siempre y cuando sigan existiendo déspotas que buscan homogeneizar y silenciar a sus pueblos.

Por eso eximo a los personajes del relato de nacionalidad, tiempo, credo religioso y nombre. En *Sentencia de Muerte*, Mandelstam es el Poeta, Nadezhda es –aunque el mote no haga completo honor a sus virtudes– su Esposa, Stalin es el Tirano y Pasternak, como decía con anterioridad, es el Fotógrafo.

Espero así liberar a mis personajes del peso de representar la verdad con mayúsculas de un tiempo, un lugar y una tragedia que excede a la literatura por donde se la mire, para poder así coquetear con el terreno de la parábola, esa que nos recuerda por los siglos de los siglos y en todas las latitudes que el diablo anda suelto, pero que vive por siempre quien no se traiciona.

* * *

No concibo la libertad sin restricciones. La idea de la libertad o la novedad absoluta me parece infantil, y peligrosa. Siempre estamos dialogando con el pasado, nuestro, ajeno y de la especie. Siempre estamos dialogando con la cultura producida en los siglos que nos anteceden, y me parece más sano, o incluso encantador, ese diálogo que la negación de lo que nos antecede.

Todo esto para decir que en este libro no existe el verso libre. Que en estas páginas el Siglo de Oro español y sus herederos viven y proliferan. Porque no considero que el pasado sea un antagonista ni una condena, sino una biblioteca, un repositorio de ideas y proyectos, una perpetua actualización. Como escribía Nicolás Guillén, uno de mis padrinos espirituales, “has de saber que los cuerpos pasan, pero las sombras quedan”. Recuperar y crear pueden ser sinóni-

mos, ya que al mover la cosa de lugar y someterla a otro contexto, se renueva y resignifica, no sale ilesa de la fuerza incesante del cambio. Dar la espalda al pasado en términos culturales es, quizás, un gesto más conservador que recuperarlo e invitarlo a la pista de baile. Al gesto desesperado de correr hacia lo nuevo, mejor responder con la templanza de saber que todo fue, todo es y todo será, en un continuo, mezclando formas, ideas, teorías, fantasmas y quimeras.

A modo de corolario, y ya que hablamos de padrinos espirituales, aprovecho para agradecer a Rubén Darío y Federico García Lorca, por su promiscuidad y espíritu metamórfico, habiéndose aventurado en el soneto, el romance, la oda y la elegía. A Sor Juana Inés de la Cruz, Francisco de Quevedo, Garcilaso de la Vega, Luis de Góngora y Miguel Hernández por elevar los estándares para formatos como el madrigal, la stanza, la lira, la letrilla, la silva, la seguidilla o la novena. A Jorge Manrique, por domesticar a la copla real y a la sextilla de pie quebrado. A Jaime Gil de Biedma, por erotizar a la sextina y al epigrama. Pedro Calderón de la Barca ha sido el referente en materia de décimas o espinelas; José de Espronceda y el Marqués de Santillana fueron el faro en cuestión de octavillas; Gustavo Adolfo Bécquer llevó la voz cantante al trastarse la escala métrica; y tanto Gonzalo de Berceo como el Arcipreste de Hita fueron consultados al escribir el tetrástrofo monorrimo. Antonio Machado, Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Félix Lope de Vega, Marcial, Oscar Wilde, Gutierre de Cretina, Carlos Germán Belli, Leopoldo Lugones, Fray Luis de León y Miguel de Cervantes –a quien el autor homenajea en su uso de subtítulos que resumen el capítulo que se avecina– también fueron de la partida.

Una mención especial va para Oscar Fariña, por la tarea infatigable de revisar la métrica de los treinta poemas y por traerme de regreso a la senda las veces que anduve descarriado.

A todos ellos, a los editores del presente volumen y a los lectores, perpetuas gracias.



SENTENCIA DE MUERTE

EL FOTÓGRAFO RETRATA AL DICTADOR

Soneto clásico

Un enjambre de rifles apuntala
al Fotógrafo desde las alturas;
viene a inmortalizar la gran figura
del pétreo Dictador en plena gala.

Tremendo, satura toda la sala,
intimidán su silencio y estatura.
En busca de que afloje la postura
el fotógrafo un dato le señala:

“Mi General, señor tan distinguido,
¿acaso no ama usted la poesía?
¡qué su pueblo la asocie a su apellido!”.

Baja la guardia tan férrea y fría,
pero en la pose hay un fatal descuido:
usa su dedo al leer como guía.

EL POETA SENTENCIA QUE LA POESÍA HA MUERTO

Elegía

Muchos años han pasado.
En silencio se desvive,
se marchita, atormentado.

“¿Es poeta quien no escribe?”,
el Fotógrafo lo indaga.
“¡Nada ya te lo prohíbe!”.

El Poeta aquí naufraga,
sin noticias de su oficio.
Mas la mente no se apaga.

Y su Esposa, ese desquicio,
lo conoce, tanto duele,
pero entiende el sacrificio.

“Tu insistencia mal me huele,
sé que vienes del palacio,
su fragancia nos repele”.

Su amigo surca el espacio
y hace callar al coplista.
“¡Cautela! Aunque seas reacio.

¿Qué más quisiera un artista
que vivir de su buen arte?

¿Para qué ser tan purista?

¡Entonces múdate a Marte!
Si buscas mundos perfectos,
el nuestro aquí ha de frustrarte”.

“Mientras sirva mi intelecto,
tenga valor, fe, cordura
y confíe en un proyecto:

no escribiré en dictadura;
que en informes y sentencias
gasta su literatura.

Cuidaré de la indecencia
a mis gemas más preciadas:
mi esposa y mi disidencia”.

Sus posturas enfrentadas
al combate dan respiro.
Callan y apartan espadas.

Mas ahora, como un tiro,
va el amigo hacia la Esposa.
“¡Maldice tú este retiro,

no seas guardiana celosa!
Eres su causa y razón,
mas nunca su única diosa.

Lo ama toda la nación,
aquí no caben las dudas,
incluido aquel Gran Patrón”.

La Esposa, sí, queda muda.
Pensativa, pues no ignora
que mal actuar la hará viuda.

Diáfana como la aurora,
en su socio ella confía
hasta las últimas horas.

“Sin libertad no hay poesía”,
urge el Poeta, iracundo.
“Muerta en mí, muerta en el mundo,
le dedico esta elegía”.

EL POETA RÍE ANTE EL RETRATO DEL DICTADOR.

¡REMEDIO SANTO EL HUMOR!

Letrilla

Nuestro Poeta llega a clase,
donde se gana la vida.
La historia ya acontecida
que siglos atrás quedase,
antes de que el mal triunfase
narra con sincero amor.
Vuelve a su rostro el color.
¡Remedio santo el humor!

Mas todo cambia enseguida
al notar lo que han colgado
bien en el centro, elevado:
esa foto entrometida
del Tirano buscavidas
como un noble pensador.
¿Leyendo está el agresor?
¡Remedio santo el humor!

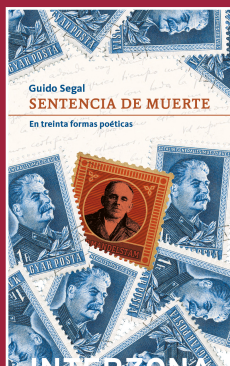
Allá al fondo, inesperado,
trina una risa nerviosa.
Su fuente alegre es pecosa
y tiene el pelo rizado.
Algo en el cuadro ha notado.
“Di”, pregunta el profesor,
“¿Qué causa en ti tal fervor?”.
¡Remedio santo el humor!

La niña es muy contagiosa;
ríen ya todos sin miedo
del Dictador y su dedo
atando su ojo a la prosa.
Le está costando la cosa.
Curioso asiduo lector,
causa gracia el Opressor.
¡Remedio santo el humor!

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



COMPRAR LIBRO

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA